

(Des) Protección, deseos detenidos y pedagogías resurgentes
(Dis) protection, detained desires and resurgent pedagogies

Paula Valeria Gaggini¹

Resumen

El presente artículo interpreta algunos relatos autobiográficos de mi trayectoria educativa, los cuales cargan en sí un fuerte sentimiento de desprotección por parte de las diferentes instituciones escolares. Elijo relatar desde la linealidad cronológica algunas sensaciones que me han generado angustia y a partir de ellas reconozco huellas afectivas en mi formación. Dividiré este texto, entonces en un reconocimiento de los niveles educativos de mi (auto) biografía escolar, eligiendo una serie de experiencias que considero significativas para reflexionar sobre los sentidos y los límites de la pedagogía. Por último, reconfiguro y revalorizo un deseo que permaneció detenido y me abrazo al desafío que hoy me regala la posibilidad ser estudiante de la reciente Licenciatura de Ciencias de la Educación de la ciudad de Mar del Plata.

Palabras clave: afecto; (auto) biografía; deseo; educación; narrativa; pedagogía

Abstract

This article interprets some autobiography accounts of my educational career which carry a strong feeling of vulnerability on the part of the different school institutions. I choose to relate from the chronological linearity some sensations that have regenerated anguish and from them. I recognize affective traces of my formation. I will divide this text them in a recognition of the educational levels of my school autobiography, choosing a series of experiences that I consider significant to reflect of the senses and the limits of pedagogy. Finally I reconfigure and revalue a desire that remained detained and I embrace the challenge that today gives me the possibility of being a students of the recent Bachelor of Educational Sciences in the city of Mar del Plata .

Keywords: affection; (auto) biography; desire; education; narrative; pedagogy

Recepción: 13/03/2021

Evaluación 1: 16/03/2021

Evaluación 2: 21/03/2021

Aceptación: 22/4/2021

Introducción

Reflexionar acerca de mi (auto) biografía, es el viaje ficcional más impactante que he experimentado en estos últimos años, sobre todo desde mi ingreso a la Licenciatura en Ciencias de la Educación. Relataré este artículo en un tiempo cronológico inmersa en una forma narrativa atenta a las huellas afectivas desde mi sentir, es por ello que podría decir figurativamente que iré “tocando mis heridas” y “viniendo a mis cicatrices”. En principio comenzaré con el nivel primario obviando el nivel inicial, al que sólo asistí unos meses hasta que me interrumpió un accidente. Continuaré en el nivel secundario poniendo énfasis en las sanciones normalizadoras, el corte abrupto a la escolarización a causa de mi embarazo adolescente y reflexiones acerca de ello. Por último, recojo el deseo de ser educadora, para desde allí poder narrar a partir de la educación una pedagogía del afecto.

“La primaria”

En el transcurso de mi primer grado en 1986, todo mi contacto social era un amigo, estábamos en igual de condiciones ya que sólo nos teníamos el uno al otro debido a que los demás compañerxs no nos aceptaban. Al año siguiente, mis padres decidieron cambiarme de turno, decisión de la cual nunca formé parte y la experiencia fue aún peor. No sólo había perdido aquel único amigo, sino que todos los compañeros de ese nuevo segundo grado del turno tarde, comenzaron a apodarme como “la peste”, hecho que se fue dando día a día hasta llegar a séptimo grado. Fue recién en el viaje de egresados decidieron pedirme disculpas. Siempre me pregunté que sentirán hoy esos compañerxs, pienso en las huellas que posiblemente marcó en ellxs, el hecho que todas las maestras hayan permitido que traten de esa manera a otra par. Sinceramente no creo que haya sido una buena experiencia escolar para mis compañeros haberse burlado tantos años de mí.

La *humillación escolar* como refiere Sibilia (2016), es algo que viene pasando hace mucho tiempo en las escuelas, pero en este tiempo ha pasado a tener un protagonismo importante, la autora refiere que la culpa y la vergüenza depositada en la víctima, es uno de los factores que continúan funcionando como mecanismos de control social. Así me sentía, con culpa y avergonzada por mis compañerxs, aunque a pesar del daño que provocaron en mí, no solo los perdóné sino que incluso hasta los abracé física y afectivamente. Creo lo que la ausencia de los adultos y sus abusos me dolían (y duelen) más que la de mis pares.

Como se imaginarán, no han sido fáciles esos seis años. Cuando vuelvo a mirar aquella niña que fui, lo primero que siento es una profunda sensación de desprotección. Lógicamente no culpabilizo a alguien en particular, porque a mi entender existió una ausencia generalizada de actores responsables que pudieran ocupar un espacio de cuidado. No sé si les sucederá a quiénes aquí y en este preciso momento me están leyendo, si es que consideran que la ausencia duele, personalmente considero que la indiferencia y el silencio pueden dejar marcas aún más dolorosas.

“Secundaria (s)”

A partir de 1992, durante los tres primeros años de secundaria los transité en la EDEM N°1, comúnmente llamada la escuela “Piloto”. Recuerdo que era muy frecuente las visitas a la dirección para firmar el libro de disciplina. Los “actos de indisciplina” se correspondían a pararme mal en la fila, llegar tarde a clases, pintarme las uñas, cuestionar a unx maestrx, no llevar el guardapolvo porque había quedado lavándose en casa. Foucault (1976) refiere acerca de sanciones normalizadoras donde el foco habita en la micropenalidad del tiempo, la actividad, la forma de ser, la palabra, el cuerpo, la sexualidad. En definitiva, cualquier desviación a las normas impuestas por la institución. Lo peor de todo es que si lo pienso ahora, yo misma había firmado ese acuerdo/compromiso a principio de año: el llamado contrato pedagógico, no porque lo haya leído alguna vez sino porque tenía que estar sí o sí firmado.

Mis padres, en 1996 decidieron enviarme a una escuela privada ya que mis problemas de indisciplina, como comentaba antes, eran “graves” para ellos y para la institución. Quizás pensaron que iba a comportarme mejor si pasaba de “la pública a la privada”. No lo sé, pero intuyo que, al ser arancelada la educación, los directivos/dueños de la institución preferían dejarme hacer lo que quería antes que preguntar a mis padres que era lo que me sucedía que quería llamar la atención constantemente y no hacer caso a las reglas de la institución.

Dos años después, quedé embarazada a mis 17 años, motivo por el cual no me aceptaron en la institución. Supongo que como refiere Fainsod (2007), las instituciones cumplen una función normalizadora para corregir y evitar las conductas que se alejen de lo que la heteronormatividad impone. En este sentido la escuela como institución al naturalizar estos parámetros impuestos, culmina condenando y apartando a quién no tiene una conducta similar a la de sus pares. Había quedado embarazada de manera prematura y la escuela no supo aparentemente como responder, quizás interpretaron que me había convertido en una “mujer” responsable de su decisión de ser madre y por ende debería terminar la secundaria en una escuela de adultos.

Quisiera detenerme, en la maternidad y paternidad adolescente, por supuesto que ser padres de nuestra pequeña es algo que jamás nos arrepentiríamos. Igual manera, me animo a pensar en voz alta, que tanto el padre mi hija como yo, no estábamos preparados para ser padres. Queríamos tener unx hijx para no sentirnos tan solos, éramos nosotros quienes nos sentíamos desprotegidos y necesitábamos una razón para seguir con nuestras cargas de la infancia y que no pesen tanto. Me pregunto por eso: ¿Qué hubiera pasado si en algún momento de nuestra infancia y/o adolescencia, los docentes hubieran prestado atención con amorosidad a nuestras dolencias? ¿Qué hubiera pasado, si nos hubieran mostrado otras posibilidades, en cualquiera de los casos, ya sea queriendo ser madre/padre o no? Lógicamente, no hay una repuesta de lo que hubiera pasado, pero estoy convencida que la apertura de espacios de diálogo abre puentes, tanto a docentes como estudiantes, donde se puedan expresar sentires, experiencias, interrogantes de manera colectiva. Estoy convencida que abrir espacios de diálogo colectivos, regala la posibilidad tanto a estudiantes como a educadores, de ampliar las posibilidades para elegir libremente la vida que deseamos desde lo más profundo.

“Educadora”

Sin lugar a dudas cada experiencia vivida ha mantenido despierto en mí ese sueño que tantas veces imaginé en mi mente. Ser educadora es uno de los deseos que llevo desde lo más profundo desde que soy pequeña. Fue mi abuelo el primero que me proporcionó con sus acciones la verdadera vocación de enseñar. Hoy, puedo reconocer claramente, que me movilizan todas aquellas veces que se me han cerrado puertas, tengo la convicción que no deseo para otrxs lo que yo vivencí. Hay deseos que no pueden borrarse jamás de nuestro corazón, que permanecen latentes como cuando soñamos despiertos y sentimos que está sucediendo.

Seguí insistiendo, a mis 21 años, ingresé al instituto de formación docente, lo que para mí significaba un gran un logro que podía enseñar a mi propia hija. No sólo significaba una manera de mostrarle con acciones que todo se puede lograr en esta vida, sino que además que nos brindaría una oportunidad económica para estar juntas, ya que no teníamos un lugar fijo donde vivir. Fue una época muy dura, recuerdo que una vez me sentía muy desesperada, me paré frente al patronato de la infancia porque quería pedir un espacio para vivir con mi hija ya que no teníamos donde vivir, pero no tuve el valor de entrar. Los abuelos del papá de mi hija, fueron quienes nos hospedaron en su casa, lo que me permitía estudiar y trabajar a la vez, mientras cuidaban de mi hija.

No es nada fácil trabajar, estudiar y ser madre a los 21 años, el primer año pude sostenerlo hasta un día. Recuerdo ese día como si fuese hoy, llegué muy cansada a la casa donde vivía junto a mi hijita de tres años, me acerqué a saludarla y no me reconoció. Jamás me olvido esa sensación de desprotección que sentí, la soledad me penetraba fuertemente, la sensación de injusticia, de angustia. No había manera de seguir estudiando, trabajar y estar presente para mi

hija. Renuncié a mi vocación porque no podía soportar más sentir que no estaba siendo responsable como madre.

En ese preciso momento nuevamente la institución escolar (esta vez el instituto de formación docente), simbólicamente me estaba reconfirmando que no había lugar para mí. No había lugar para ser madre, trabajadora y estudiante cursando prácticas de mañana y cursadas vespertinas. Así fue que al dejar el instituto mi deseo quedó en pausa.

El resurgimiento de un deseo

Hace un año (2019), mi hija mayor me entregó “un papel” el día de mi cumpleaños 39, cuando lo abrí, se trataba del formulario de inscripción a la Universidad Pública. Me dijo: *“Con esto te devuelvo lo que te saqué cuando llegué a tu vida”*. Por supuesto que ella nada me sacó jamás, todo lo contrario. Esas palabras fueron sanadoras, como si me ella me estuviera regalando esta oportunidad para que me perdone a mí misma.

Recuerdo ese 8 de marzo como si fuese hoy, era el día de la mujer, caminaba escuchando música con mis auriculares hacia la Universidad, pensando en el recorrido que haría todos los días, organizando mentalmente mi “nueva” vida y el comienzo de una carrera universitaria a mi edad. Sentía que no iba a poder, sentía que estaba “abandonando” a mi familia. Nuevamente los sentimientos de culpa, miedo, desprotección, angustia regresaron y me acompañaron en el momento que comencé nuevamente a caminar en mi sueño más íntimo. A los pocos días, me encontraba en la reunión inaugural de reapertura de la carrera, sentada junto a tantas personas desconocidas, casi en su totalidad docentes. Me inundaba un fuerte sentimiento de incapacidad de realizar una carrera donde la mayoría hablaban de sus antecedentes en educación. Me percibía como una “simple” ama de casa y mamá, puesto que a eso me había dedicado tantos años sin esperar nada más. Digo simple, desde ese lugar donde la sociedad muchas veces nos coloca, como si ser madre y ama de casa fuera totalmente incompatible con el crecimiento profesional y personal.

No ha sido nada fácil sostener ese deseo que estaba comenzando a expresarse. Mi primer golpe fue el primer parcial que desaprobé, como si ese “dos” calificara lo que era como persona. Marcada por la importancia que se le otorga muchas veces a las notas, haber “desaprobado” considero impactó de manera potente, al menos así lo sentí. Recuerdo ese día pasando la mitad del mes de mayo de 2019, se me caían las lágrimas en el colectivo, intentando que nadie se diera cuenta. Sólo quería llegar a casa y tirar todos los apuntes, porque acababa de confirmar que no iba a poder seguir una carrera universitaria.

Efectivamente, llegué a casa con toda la intención de abortar esta “locura” de ser estudiante universitaria, pero aparentemente mi deseo era tan fuerte y las decepciones tantas. Me senté y decidí releer el cuaderno donde había comenzado a escribir las memorias de mi trayectoria educativa, aunque tenía en ese momento pocas páginas escritas, como si fuese un cuento que abrigaba una historia ajena, comencé a leer y sin buscarlo específicamente me reencontré con dos notas de profesorxs que decían: *“Gracias por compartir tu relato. Me produce admiración y alegría saberte en esta nueva oportunidad que abre CCE”*. *“Paula, exquisito relato donde late tu vida. Que CCE sea esta puerta que se te cerró otras veces! Adelante!”*. Ese **Adelante**, una simple palabra representó para mí, el impulso de sentarme a reformular el parcial, significaron mucho más que dos simples notas, ya que estaban besando esas lágrimas ya secas desafiando mis propias construcciones de subjetividad de tantos años de instituciones escolares y que habían cerrado mi propio puente. Quizás aquellxs profesorxs, al escribir esas notas, no se imaginaban

lo potente que serían para mí, fue verdadera y sentidamente ese abrazo que tanto esperé durante tantos años.

Comprendí allí de repente, que mi propio deseo profundo nunca me había abandonado, en este sentido Ahmed (2019) refiere que cualquier cosa que deseemos habremos de desearla porque nos otorga felicidad y ésta puede ser aquella que interrumpa el relato de una vida. Retomando algunos de sus conceptos, poder reflexionar como educadores la posibilidad de desafiar la distinción entre ser pasivos y no, buscando nuevos y buenos encuentros. En este sentido, he comprendido que mi búsqueda siempre ha ido más allá de mis propios deseos, siento, percibo, ansío que pueda ser transportado hacia otros para abrir otros puentes transmutando aquellas huellas que aún duelen buscando ser sanadas en ese encuentro con los otros.

En 2020, llegó a nivel mundial la pandemia que aún nos azota paradójicamente ha sido sumamente liberador poder utilizar esa posibilidad del cuidado hacia otros, alejándonos de las personas que nos rodean de manera física. Utilicé ese tiempo “a solas conmigo”, para rever acerca de mi formación y reencontrarme con todas esas huellas e interpretar desde una nueva perspectiva mi vida pasada e ir sanando. No tengo dudas que para poder dar lo mejor de mí como futura educadora/ licenciada en Ciencias de la Educación, debía (y debo continuar) ir sanando aquellas huellas de las instituciones en mi subjetividad, huellas que gracias a este recorrido por la carrera mutaron para resurgir pasión, liberación, felicidad, éxtasis en todo mi ser y que deseo transmutar.

Personalmente, considero que, quitándome la ropa que abrigaba ese sentimiento de desprotección y al dejarlo al descubierto, es que podré transformar junto a otros. Es por esto, que cada día me siento absolutamente más convencida que es importante poder recuperar, como plantea Ramallo (2018) el derecho de reconstruir nuestras propias historias y compartirlas para generar transformación individual y colectiva.

Actualmente, coexisten un sinnúmero de sensaciones dentro de mí que quisiera compartirles, anécdotas del pasado que he decidido guardar esta vez para mí. Coexisten en mí el dolor del destrato, la marginación, los abusos, el prejuicio, pero también la motivación, la felicidad, el apasionamiento, la responsabilidad ética. Simplemente mi corazón se encuentra abierto y expectante para nuevos encuentros y diálogos. Me encuentro abierta a una búsqueda colectiva como refiere Cullen (1997), una búsqueda donde exista un reconocimiento del otro en tanto otro, que conciba nuevas maneras de entablar relaciones con el conocimiento, reflexionar acerca de los sentidos y las prácticas educativas.

Estoy abierta a darme la posibilidad de plantearme en quitar el disfraz de lo legitimado hasta hoy para evidenciar lo que esconde debajo. Regalarme la posibilidad de entregarme a sentir que es lo que sucede cuando quedo al desnudo para desprenderme de mis propias miserias para tocar esos dones que están dentro de mí. Más aún, estoy expectante de dejar de vivenciar a solas, deseo que sea colectivamente

Narrar pedagogías resurgentes

Escribir este texto, significa para mí, un viaje donde he podido reconocer las huellas que dejó el padecimiento de instituciones escolares y descuidaron mi propio ser, sin siquiera buscar la manera de ir a mi encuentro desde el acogimiento. Como quizás habrán interpretado, tuve que ajustarme a lo que las diferentes instituciones impusieron sobre mi subjetividad, las mismas me colocaron en una situación de pasividad atándome a experiencias, las cuáles claramente hubieran sido totalmente diferentes. Lógicamente, ser madre es lo más hermoso que me pudo pasar en toda la vida y no hay una respuesta de lo que hubiera pasado, pero estoy convencida

que si el vínculo pedagógico hubiera tomado en cuenta, en términos de Mèlich (Larrosa, 2011) mi “situacionalidad”, mi biografía hubiera sido diferente.

No concibo la Educación y el cuidado de nuestrxs estudiantes por fuera del amor. Quizás sería más que interesante replantearnos qué noción tenemos acerca del amor quiénes somos responsables de educar. Si tiene que ver con el amor genuino, abrazando lo que refieren Fromm & Rosenblatt (2000) es aquel que entraña cuidado, respeto, conocimiento y responsabilidad que acoge esfuerzo activo arraigado en la propia capacidad que tenemos de amar tendiente al crecimiento y la felicidad de ese otrx. Agregaría que, deberíamos plantearnos la posibilidad de recurrir a la “voluntad de tener voluntad” (Ahmed, 2019) de esforzarnos por aquellas infancias, las que son felices y las que no. Dejar de un lado la pasividad y abrazarnos al enorme poder de amor genuino que describía anteriormente.

Por lo expuesto anteriormente, considero sumamente necesaria esta posibilidad de poder escribir desde mis huellas, en diálogo con otras voces que se encuentren alejadas de aquellas que buscan normalizar, excluir, separar, objetivar al sujeto. He decidido poner en palabras mis propias incomodidades y desconfianzas que surgen de la Educación que padecí. He decidido poner en palabras experiencias que me alteraron (Larrosa, 2011), y agrego, modificaron mi propia vida sin dar espacio para que mi voz hable o incluso para expresar mis padecimientos. Pensar junto a los relatos como una pedagogía justamente, sería darnos la posibilidad como educadores a prestar atención a las vidas de los estudiantes y sus familias, atentos al espacio tridimensional en la indagación de esas narrativas (Huber, Caine, Huber, Steeves, 2014).

He decidido narrar sobre mis huellas (abrazándolas), porque estoy convencida que lxs estudiantes necesitan educadores reflexivos y a la vez empáticos, desde “sentir junto al otrx”. Considero que necesitan docentes que estén dispuestos a la intervención ética y política para efectuar y llevar a cabo propuestas orientadas a instituciones que sepan abrazar a sus estudiantes desde sus propios deseos y sobre todo busquen acariciar sus biografías, recuperándolas para el resurgir de cada unx. He decidido narrar mis huellas, en el sentido que me interpela Levinas & Cohen (2000), huellas que se distinguen de los signos, las cuales precisamente se resisten de ser signos y que interpela al ser humano cuando se conecta con el rostro del otrx, la marca de un pasado que nunca fue presente. Mis propias huellas buscan el rostro ajeno para sanarse y transmutar.

No tengo dudas que generar espacios de diálogo colectivos, donde nuestros sentidos permanezcan en continua disposición al otrx puede otorgar la posibilidad, tanto a estudiantes como a educadores, de ampliar las posibilidades para elegir libremente la vida que deseamos desde lo más profundo de nuestro ser. Sostiene Flores (2019) si los modos de hacer con políticas de conocimiento y éstas suponen modos de escribir, podemos encontrar nuestras propias maneras de enunciar nuevos posicionamientos que reconozcan trayectorias en los bordes de las instituciones escolares.

Hay un concepto que me parece maravilloso de Haraway (2019), que tiene que ver con la posibilidad de “generar parientes” colectivamente, como una opción de seguir adelante a partir de las discontinuidades que nos anteceden. Generar parientes haciéndonos con lxs demás, entrelazando nuestras propias historias con las demás en un nuevo todo. Encender las luces de cada uno para generar nuevos matices, nuevos colores, nuevos brillos que en ausencia de otrxs no podríamos lograr jamás. Nuevas voces, nuevos abrazos, renaceres compartidos aunados en el amor y generando alianzas que (intra) accionen.

Para finalizar reafirmo entonces que compartir narrativas puede habilitar voces como la mía que hoy quiere ser escuchada, y sólo se puede conseguir si permanecemos abiertxs a que eso suceda. No tengo duda que existen muchas otras voces, voces que como la mía que han

permanecido silenciadas. Deseo abrazar esos silencios no dichos (Yourcenar, 2017). Por tanto, me siento sumamente seducida en esta búsqueda de un nuevo accionar ético y político comprometido desde el amor, el cuidado y la disposición de la escucha permanente de lo que lxs demás tiene para decir (nos). Sin lugar a dudas deseo dejar huellas en otrxs y que ellxs dejen huella en mí, me moviliza soñar en una Educación que se encuentre afectada e inmersa en un movimiento continuo, colectivo, dispuesta a abrazar a todxs y cada unx de lxs estudiantes. ¿Por qué no? que desee resurgir las veces que sea necesario, hasta que ninguno de sus estudiantes quede afuera

¡Nos merecemos el viaje!

Referencias Bibliográficas

- Ahmed, S. (2019). *La promesa de la felicidad: una crítica cultural al imperativo de la alegría*. Caja Negra.
- Bárcena, F., & Mèlich, J. C. (2014). La educación como acontecimiento ético. Capítulo 4: Emanuel Lévinas: Educación y hospitalidad. Editorial Miño y Dávila.
- Cullen, C. (1997). *Crítica de las razones de Educar*. Editorial Paidós. Argentina
- Fainsod, P. (2008). Embarazos y maternidades adolescentes. Desafíos de las escuelas. Morgade, G. y Alonso, G.(comp.), *Cuerpos y sexualidades en la escuela. De la normalidad a la disidencia*, Buenos Aires: Paidós.
- Foucault, M. (1976). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión* por Michel Foucault.
- Flores, V (2019) ¿Es la práctica pedagógica una práctica sexual? Umbrales de la imaginación teórica y erótica. *Descentrada*, marzo-agosto 2019, vol. 3, n° 1.
- Fromm, E., & Rosenblatt, N. (2000). *El arte de amar*. São Paulo: Martins Fontes.
- Haraway, D. (2019) *Seguir con el problema: Generar parentesco en el Chthuluceno (Vol. 1)*. Consonni.
- Huber, J., Caine, V., Huber, M., & Steeves, P. (2014). La indagación narrativa como pedagogía en la educación: el potencial extraordinario de vivir, contar, volver a contar y revivir relatos de experiencias. *Revista de Educación*, (7).
- Larrosa, J. (2011). “Experiencia y alteridad en educación”, en Skliar, C. y Larrosa, J. (comps.) *Experiencia y alteridad en educación*. Rosario: Homo Sapiens.
- Levinas, E., & Cohen, E. (2000). *La huella del otro*. México: Taurus.
- Ramallo, F (2018) ¿Qué pasado narrar en la educación? Gestos descoloniales en la historia del bachillerato argentino. *Revista Palobra* N°18, 234-247.
- Sibilia, P. (2016) *Bulling, de la culpa a la vergüenza*. Disponible el 5 de noviembre de 2020 en: http://www.nuestrolugar.com.ar/movil/articulos/bullying_dela_culpa_ala_vergüenza.php
- Yourcenar, M. (2017) *Alexis o el tratado del inútil combate*. El denario del sueño. Buenos Aires. De bolsillo.

Notas

¹ Estudiante de la Licenciatura en Ciencias de la Educación de la facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata. Integrante del Grupo de investigación de Filosofía de la educación (GIFE) de la UNMdP y del Grupo de Extensión Pedagogía de la UNMdP: “Cuir en educadores: Talleres, performances y jornadas de educación viva para generar materiales didácticos disidentes”. Correo electrónico: paulagaggini@gmail.com